

# Arpías

## D. Montalti

*Dedicado a C.A.D.*

Jorge Luis Borges tuvo relación con las aves por lo menos en dos oportunidades, la primera de ellas cuando, por razones políticas, tuvo que dejar de trabajar en la Biblioteca Municipal Miguel Cané del barrio de Boedo, ciudad de Buenos Aires, porque fue nombrado inspector de aves, conejos y huevos del mercado municipal de la ciudad. La segunda vez, cuando escribió varios cuentos relativos a los seres emplumados en su Manual de Zoología Fantástica. En esta obra, en el cuento titulado Arpías, relata sobre estos personajes mitológicos y la visión de varios autores sobre los mismos. Entre ellos Hesíodo (Grecia, 700 AP, Teogonía), Apolonio de Rodas (Grecia, 295 AP, Argonáuticas), Virgilio (Italia, 70 AP, Eneida), Ariosto (Italia 1474, Orlando furioso) y William Morris (Reino Unido, 1834, Life and death of Jason).

En la Iliada, Homero menciona en el Canto XVI a la arpía *Podarge*, madre de los caballos inmortales de Aquiles, Janto y Balio que volaban como el viento. Aquiles se llevó a Pédaso de la ciudad de Eetión cuando la tomó; este otro corcel, no obstante su condición de mortal, seguía a los caballos inmortales.

Virgilio en la Eneida, narra que las Arpías exhalaban vapores inmundos y todo lo devoraban, las situó en las puertas de los Infiernos con los demás monstruos. En esta epopeya latina, el poeta romano relata que los troyanos se encuentran en las islas Estrófadas con las Arpías y éstas les arrebatan la comida y les anticipan que estarán tan hambrientos que se comerán unos a otros antes de la puesta del sol. Por esta razón los troyanos se dispersan atemorizados.

En los relatos mitológicos, las arpías eran seres alados que semejabán mujeres con forma de pájaro o pájaro con forma de mujer. De estos seres mitológicos que también eran tomados como divinidades, se le da nombre a una de las especies de águila de mayor tamaño, la harpía *Harpia harpyja* (Linneo 1758). El género *Harpia* fue dado por el ornitólogo francés Louis Jean Pierre Vieillot en 1816 y reemplaza al nombre dado por el naturalista sueco Carl von Linné, *Vultur harpyja*.

Usualmente, la palabra Arpía es utilizada para nombrar a los seres mitológicos, mientras que para mencionar al ave actual se le agrega la letra hache inicial, Harpía.

Volviendo a los seres mitológicos, en la antigua Grecia las arpías eran en su origen bellas mujeres aladas que le robaban la comida a Fineo, rey de Tracia, por haber revelado secretos de los dioses. Más tarde, fueron representadas como monstruos con grandes alas con cara de mujer y largos cabellos, cuerpo de buitre y garras muy grandes. Tenían su

residencia principal en las islas Estrófadas: Arpía y Stamfani, situadas al oeste del Peloponeso.

Las Arpías son hermanas de Iris y Arce, sus padres, el Dios marino Taumante y la ninfa Electra. Son mencionadas como aves de presa por Aristóteles, Dionisio, Hesiquio de Alejandría y Plinio. Esteban Echeverría las menciona en El Matadero, "A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula".

La palabra Arpías (*Harpyas*), tomado del latín *harpŷia*, acuñada en 1438 y este del griego, *hárpya*, significa "las que raptan" o "roban", también pueden definirse como "Arrebatadoras".

A pesar de esto, no son seres malvados, en algunos casos protegen a los representantes de su mismo clado y a otros congéneres. Esto ocurre en algunos edificios atraídas por las alturas, donde se encuentran ocultas y solo vistas ocasionalmente por unos pocos. Es así como estos seres mitológicos se ocultan, por ejemplo, en el Palacio Barolo, simbólico edificio de la ciudad de Buenos Aires ubicado en la Avenida de Mayo que fue diseñado por el arquitecto italiano Mario Palanti para el empresario textil Luis Barolo. Fue inspirado en la Divina Comedia, poema escrito en 1307 por Dante Alighieri. Allí, en esta edificación que semeja la obra del poeta florentino, con sus tres partes en las que se divide la misma, Infierno, Purgatorio y Cielo, se ha visto en varias oportunidades las arpías en el interior de esta construcción sobrevolar al Dante recorriendo los 9 Círculos que forman el Infierno, siendo guiado por el autor de la Eneida. Luego Alighieri y su maestro Virgilio pasan al Purgatorio, que posee siete cornisas, donde depuran sus pecados. Finalmente, en el Paraíso, recorre los nueve Círculos concéntricos, en compañía de su amada Beatrice.

También se observó a las arpías en otros lugares, siempre eligiendo edificios antiguos, altos y emblemáticos de las ciudades. En la ciudad de La Plata, eligieron la iglesia Catedral, templo proyectado por el equipo del Ingeniero Pedro Benoit y los dibujos de los arquitectos Ernesto Meyer y Emilio Coutaret. El proyecto fue inspirado en dos iglesias que siempre frecuentaron las arpías en el Viejo Continente, la iglesia de Colonia en Alemania y la iglesia de Amiens en Francia.

En la Catedral de La Plata las arpías se reunían con otra rapaz, el águila mora, que frecuentaba este templo neogótico que se eleva 112 m, en busca de palomas. Cuando se continuaron los trabajos de finalización de la construcción de las torres en la Catedral, disminuyó la población de palomas y el águila mora no visitó más este edificio. Tampoco se vieron más las arpías en la catedral después de esa época aunque no se sabe porqué.

Se cree que las arpías concurrían a la Catedral porque eran atraídas por las diferentes figuras que les recordaban el estilo gótico, con cúpulas lineales y altas, gran cantidad de ventanales y otros elementos como gárgolas, que conocían

de iglesias europeas como Notre Dame de París, San Pedro en Bremen o San Esteban en Viena.

En la ciudad de La Plata también frecuentan otros edificios, entre ellos el conocido Museo de Ciencias Naturales. En este emblemático edificio, en las noches estrelladas, las arpías sobrevuelan el Museo, desplazándose en silencio por las salas, son las “guardianas” que preservan la integridad de las distintas piezas que atesora este museo. En estas salas, cuidan de sus “parientes” que pertenecen al clado de los reptiles que se diversificaron en el cretácico medio y superior y hoy lo conforman cerca de diez mil especies emplumadas.

Muy pocas personas pudieron ver a las arpías en el museo, aunque todos saben que están ahí. Al igual que otros Accipitriformes son solitarias, se escabullen en cuevas a las que nadie se atreve a acercarse y donde guardan tesoros. Y como Dante lo expresara en el Infierno, Canto décimotercero, círculo séptimo, aro segundo:

Allí, forman su nido las arpías,  
que echaron de Estrofade a los Troyanos,  
con amagos de tristes profecías.  
Tienen alas, con cuello y rostro humanos;  
vientre plumoso, pies con garras duras,  
y se quejan con gritos deshumanos.

Si bien las arpías son seres muy ruidosos que emiten gritos y cacareos muy desagradables, estas pueden entonar cantos que hechizan a quien los escuche. Estos cantos los utilizan para atraer a viajeros ocasionales hasta su guarida, esto es lo que le ocurre a algunas personas en el Museo de La Plata, donde las arpías logran con estas artimañas, hechizar a los paseantes ocasionales, estudiantes o personal que trabaja en el museo.

Este es el caso del joven Aquiles, quien trabajaba como técnico en el Museo en la colección de Entomología mientras terminaba sus estudios secundarios. Un lunes lluvioso y oscuro de invierno, mientras recorría la parte del museo que más le gustaba, la sala de aves, se sintió atraído y atrapado por algo especial, un ser volaba muy cerca del techo, una figura de gran tamaño, alas muy largas y cuerpo emplumado. Ante el vuelo rasante de este ser nada habitual, quedó ensimismado de su poderío ornítico. La luz era muy poca y provenía de las pocas ventanas que tenían los postigos abiertos, ya que era el día de la semana que el museo está cerrado, las luces de la sala estaban apagadas y la mayoría de las ventanas tenían sus cuarterones cerrados.

Era un ser desconocido para su sapiencia ornitológica, pensó rápidamente en las especies que conocía de la zona, recorrió mentalmente la guía de aves que siempre hojeaba (solo existía en esa época la Guía de Aves Argentinas, escrita y dibujada por el ornitólogo sueco Claes Christian Olrog publicada en 1959 por el Instituto Miguel Lillo de Tucumán) y en nada pudo encontrar un parecido. Pensó también que fuese una especie escapada del Jardín Zoológico y Botánico de la ciudad, situado frente al museo. Nada de esto lo convenció en la tarea de identificar a la gran bestia alada. Era

algo que nunca había visto, que le era difícil comprender, pensó que era un sueño, pero rápidamente se dio cuenta de que estaba frente a algo diferente, algo real pero que no estaba en los libros, como suele ocurrir, los libros no dicen todo, por lo que hay que creer en algunas cosas que ocurren y no están escritas.

Quedó tan perturbado y con una mezcla de miedo y sorpresa, que no atinó a contarle a nadie el evento que le había ocurrido. ¿Había sido partícipe de una aparición sobrenatural? ¿Era algo real? ¿Podría volver a repetirse? ¿Alguien más lo había observado? Nunca obtuvo respuesta a cada una de estas preguntas, pero sí volvió muchas veces, luego de juntar valor, al mismo lugar de la sala donde había pasado este curioso hecho.

Aquiles no lo contó nunca, pero es sabido que las arpías le dejaron un apotegma, referido a su futuro y su felicidad. Tenía que dedicarse a las aves, estudiarlas, las arpías se lo pedían ya que habían descubierto en él, el gusto por las aves y si bien podía haber seguido trabajando en Entomología con gusto, su felicidad estaba en estudiar a los seres emplumados. El legado de las arpías era fuerte y requería un dúo de decisiones, estudiar las aves y dejar los insectos, pero este segundo mandato tenía una razón. No fue un capricho de los seres mitológicos, sino que tenía un objetivo a futuro: no procrastinar su deseo de trabajo y felicidad. Que iba a encontrar la felicidad en los dos ámbitos. No tenía que actuar como lo hizo Penélope esperando a Ulises mientras tejía de día y destejía de noche, sin decidirse a elegir por miedo a equivocarse.

Las arpías insistieron en que tenía que trabajar en lo que le gusta, lo que le da placer, lo que siente, mientras que vinculado a los insectos iba a encontrar el amor que lo acompañaría siempre. Por esta razón se especula que Aquiles luego de varios años de haber trabajado en la División Entomología, se inclinó inicialmente por los animales con vértebras, especializándose finalmente en las aves.

Es así como Aquiles frecuentaba la sala de aves del museo para tratar de recibir más sentencias de las Arpías. Se sentaba en el frío piso de la sala curva mirando el techo con sus pinturas y guardas alegóricas con frisos característicos. Pensaba y soñaba en el futuro. Se acordó de tantos maestros de la Ornitología que habían trabajado en el museo, dudó si ellos no conocían a tan llamativo representante de las Neornithes, si es que esta especie pertenecería a este táxon. Vinieron a su memoria entonces, los nombres de los primeros Ornitólogos que tuvo el Museo de La Plata, el Dr. Roberto Dabbene, los Profesores Alfredo B. Steullet y Enrique A. Deautier, la Dra. Nelly Alicia Bó y el Dr. Jorge R. Navas que tal vez sabían de la existencia de estos seres y nunca habían mencionado su presencia. Luego de ellos, los doctores Carlos A. Darrieu y Aníbal R. Camperi siguieron sus pasos.

Por otro lado, se cree que alguno de los taxidermistas que trabajaban en el museo a principio del siglo XX, pudo observarlas. Entre ellos, los italianos Santiago Pozzi y Juan

Durione, el alemán Alberto Merkle o los platenses Ernesto Echavarría y su ayudante Emilio Rizzo. Alguno de estos preparadores, considerados artistas por representar los cuerpos inanimados dándoles formas de vida reales, quiso incluir a las arpías en la colección ornitológica. Para ello, le colocaron su número de catálogo o les dieron nombres relacionados a su personalidad. Entonces llamaron Aelo a la que tenía vuelo tempestuoso y Nicóteo y Ocípete a la que poseía viento veloz, mientras a la más oscura la denominaron Celeno. Estos nombres revelan su relación con algunas fuerzas de la naturaleza como los vientos, que en las regiones de sus orígenes mitológicos erosionaban el territorio heleno.

Una de las arpías, llamada RAO, fue vista por primera vez en septiembre de 2015, y desde ese momento la sala de aves cambió debido a su presencia, tanto fue así que desde esa fecha, junto con su aparición, también hubo cambios importantes en la Sala “Curva” del museo, donde se exhiben aves y mamíferos. Estos cambios tienen que ver con la creación de seis nuevas vitrinas destinadas a mostrar las Regiones Zoogeográficas del mundo.

Las arpías también visitan una de las vitrinas más conspicuas de la sala de aves, donde se encuentra el rey de los cielos, el cóndor, que no pierde autoridad frente a ellas y sigue ostentando su enorme poderío cual rey de la selva.

Las visitas de las arpías a estas vitrinas no son casuales, ellas le habían dicho a Aquiles que de la misma manera que sus antepasadas en el Viejo Continente tenían la tarea de arrebatarse a los demonios las almas de quienes iban al Hades, las arpías en el Museo de La Plata, protegerían las almas de las aves que allí se exhiben.

Otras tareas de las arpías eran cuidar a quienes se relacionaban con las aves, los que las estudiaban y se fascinaban por ellas. Las arpías crean lazos con quienes se acercan a ellas, como Dante logra estar con Beatrice recorriendo los nueve planetas en el trayecto por el Paraíso y compartir la vida juntos, las arpías influenciaron en Aquiles para que logre una relación duradera con su amada. Los encuentros de Aquiles con las arpías reforzaron los lazos y la unión entre la pareja, cuando hubo problemas entre ellos, Aquiles frecuentaba la sala en busca de los consejos de las arpías. Ellas no siempre aparecían, pero solo su estancia en la sala observando el lugar, hacía que la fuerza de estos seres mitológicos llegara a su corazón y su alma.

Como fue relatado por Apolonio de Rodas en su poema épico Argonáuticas, cierto día llegaron Jasón y sus argonautas, quienes valiéndose de la astucia consiguieron ahuyentar a las pérfidas Arpías. Esperamos que esto no haya ocurrido en el Museo de La Plata y en alguna oportunidad poder escucharlas o verlas como lo pudieron hacer quienes nos precedieron en este hermoso lugar.

## Referencias

- Alighieri, D. 1922. La Divina Comedia. Centro Cultural “Latium”, Buenos Aires.
- Borges, J.L. & M. Guerrero. 1957. Manual de Zoología Fantástica. Fondo de Cultura Económica, México.
- Corominas J. 1994. Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Editorial Gredos, Madrid.
- De Huerta J. 1624. Historia natural de Cayo Plinio Segundo. Luis Sánchez impresor del Rey, Madrid.
- Echeverría, E. 1946. El matadero. Ediciones Peuser, Buenos Aires.
- Homero. 1944. La Ilíada. Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires.
- Jobling J.A. 1995. A dictionary of scientific bird names. Oxford University Press, Oxford.
- López H.L., S.V. García, E.F. Etcheverry & J. Ponte Gómez. 2015. El desarrollo histórico del taller de Taxidermia en el Museo de La Plata. Probiota, Serie Documentos 45:1-61.
- Montalti D. & M. Graña Grilli. 2013. La colección de aves marinas de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur del Museo de La Plata. Revista del Museo de La Plata, Sección Zoología 22 (180): 1-12.
- Mouchard A. Etimología de los nombres científicos de las aves de Argentina.
- Olog C.C. 1959. Las Aves Argentinas. Una guía de campo. Instituto Miguel Lillo, Tucumán.
- Smith W. 1884. A new classical dictionary of greek and roman, biography, mythology and geography. Harper and Brothers, Publishers, New York.
- Stullet A.B. & E.A. Deautier. 1935. Catálogo sistemático de las aves de la República Argentina. Obra del Cincuentenario del Museo de La Plata, Tomo I.



Representación medieval de una arpía. Jacob van Maerlant, Der Naturen Bloeme; Flandern, c. 1350.